

Pero cuando se observan estos lugares que en su fisonomía, en su disposicion y en su figura misma parecen haber sido calculados para fomentar pasiones vergonzosas, la imaginacion se fija naturalmente en las analogías con que algunos individuos se empeñan por unir aquella época con la nuestra. No parecen tan culpables los que, guiados por la luz opaca de una razon extraviada, sancionaron el culto de Baco con todas sus ritualidades voluptuosas, como los que á despecho de la antorcha clarísima de la revelacion quieren renovarlas en medio de un siglo de luces y en el seno de las naciones mas civilizadas. ¿Qué fueron las ceremonias del culto de la Razon, sino un remedo de las festividades de Baco? ¿y qué son hoy mismo las monstruosas consecuencias del socialismo, sino la sancion de todas las abominaciones consagradas por el del discípulo de Sileno? Si la especie humana se siente humillada cuando considera que ha podido representar escenas tan vergonzosas como algunas de las que autorizaba el culto pagano, ¿no tendrá ménos razon para estarlo cuando tome el peso á las consecuencias de los sistemas viciosos que se empeña en propagar el socialismo de nuestros dias? Ambos están basados en un mismo principio, y sus consecuencias son tambien las mismas. Pero, como aquella lámpara de la caverna del Acrópolis, existe aun en la conciencia de la sociedad el elemento religioso que muestra la espantosa deformidad de aquellos principios disolventes. Estos podrán existir en muchos individuos, del mismo modo que existieron en el paganismo, esto es, mientras vivió el hombre entregado á sí mismo; mas en el individuo en cuya alma vive la fe, su resplandor disipará las tinieblas de los vicios y de las pasiones que estos forman.

CAPÍTULO VI.

La cima del monte Himeto. — Santificacion de una fiesta. — Catedral de Atenas. — Nuevos vestigios de fanatismo. — Supersticion grosera autorizada por los ministros de la religion. — Ruinas de Corinto. — El golfo de Lepanto. — Las islas Jónicas. — Tolerancia. — El sepulcro de S. Spiridon. — Syra. — Recuerdo consagrado en Grecia á la Americana mas ilustre. — Ilusiones. — Las Cíclades. — ¿Qué hace el catolicismo en Grecia? — ¿Á quiénes se deben los primeros estudios de sus antigüedades?

Muy de mañana principiaba á subir el monte Himeto, desde donde me proponia reunir en un solo golpe de vista el cuadro de ruinas y desolacion que ya habia contemplado parcialmente. En efecto, desde su cima, la mas alta de la Grecia, descubrí lugares tan célebres como el Acrópolis de Corinto, el mar Egeo, el templeo de Egina, Maratona, el golfo de Salamina, las llanuras de Ática, cortadas por la cadena del Pentélico, y á lo léjos la cumbre del Parnaso que se eleva sobre las demas montañas que lo rodean, del mismo modo que la sabiduría de las musas que lo habitaron se elevaba sobre la ciencia de todos los mortales en la imaginacion de los poetas. Pero al contemplar tantos lugares famosos en la historia y en la poesia, la imaginacion va siempre á parar al mismo punto; lo que fueron y lo que son: las grandes ciudades, los templos soberbios, la generacion de sabios, la sucesion de héroes, los ejércitos florecientes, la flota de dos mil embarcaciones, todo, todo ha desaparecido, y nada queda fuera de pueblos miserables que se levantan entre las ruinas, hombres envilecidos por una larga esclavitud.

vitud que los habitan, y el eco vago de la soledad hoy de asiento sobre una tierra habitada en otro tiempo por pueblos alegres y bulliciosos. ¿Y qué ha sido de estos pueblos? ¿dónde los hallaremos? podríamos preguntar con el vizconde de Chateaubriand. No oiremos otra respuesta que la del Oráculo: « *El Señor mortifica ó da la vida, precipita ó vuelve á levantar segun le agrada.* » Descendiendo del Himeto nos era forzoso detenernos en la plazuela de un convento de monjes; entrámos hasta su huerto, y nada ménos me pareció que un monasterio. Una multitud de personas se habian reunido para celebrar el día de S. Pedro, y preparaban un festin dentro de los jardines de los religiosos. Ninguno de estos ví, y la iglesia estaba tan sola como lleno de gente el interior del monasterio.

No era mas numeroso el concurso de las iglesias de Aténas en aquel día solemne. Entré en la catedral á la hora de los oficios de la tarde; un protopope cantaba en el coro, y otro rezaba alternando con aquel; los asistentes no llegaban á veinte, y de estos ninguno era eclesiástico, excepto los dos que oficiaban. Muy escasa ha sido siempre la concurrencia que he encontrado en las iglesias cismáticas del Oriente; pero no me admira cuando considero que jamas he visto predicar á los popes en estas iglesias, ni aun en sus grandes solemnidades. Mucho canto, mucha profusion de ceremonias, mucho lujo de *Kyries*, golpes de pecho, postraciones y de cuanto alimenta una religion material y supersticiosa, ved ahí todo cuanto he visto; pero nada de lo que ilustra el entendimiento, robustece en el alma las virtudes é inspira al corazon verdaderos sentimientos cristianos, ni nada de los medios que dejó Jesucristo para conservar en los domésticos y propagar entre los extraños los principios de su fe: la enseñanza y la predicacion. Fanatismo y relajacion de costumbres son la consecuencia necesaria de una religion superficial; y la Grecia soporta uno y otro. Ruidosas han sido las tropelías cometidas contra el Dr King, ministro

metodista, cuya casa fué invadida y robada por el populacho de Aténas entusiasmado por sus popes, que señalaban á aquel como propagador de nuevas herejías entre los jóvenes de su colegio; y muy conocida la constante lucha que necesitan sostener los presbíteros católicos para conservarse en sus templos y ejercer su ministerio, no obstante que la constitucion política del reino garantiza el libre ejercicio de todas las religiones. La supersticion del pueblo es tanta como el fanatismo de sus popes que la fomentan: para conocer hasta qué punto sube, basta oír que aun se cree en Aténas la virtud prodigiosa de la *pedra de la fecundidad* para curar á las estériles, y que las mujeres, de cualquier rango ó condicion que sean, no rehusan descender la pendiente privilegiada.

Mas preguntad á ese clero dónde están las casas de educacion para el pueblo que dirige, dónde los establecimientos de caridad puestos á su cuidado, y dónde las obras evangélicas de que se ocupa: él guardará silencio, « porque sus manos están vacías. » Llegará tiempo en que sus mismos creyentes le pedirán cuenta; y entónces, en vez del ejercicio de todas aquellas obras tan conformes al Evangelio, de quien se decia ministro, no exhibirá otras que los tristes vestigios de fanatismo y de supersticion sembrados por do quiera se dejó sentir la influencia de su poder.

Corinto domina majestuosamente campiñas cubiertas de vegetacion verde y frondosa, cual no habia visto en otra parte de la Grecia. « Mientras que los Césares levantaban sus muros, y dedicaban á sus dioses templos que parecian nacer de entre las ruinas, un obrero desconocido erigia silenciosamente un monumento, que permanece en pié en medio de los escombros que se ven de aquellas obras colosales. Era un extranjero que decia de sí mismo: Tres veces me azotaron, una me apedrearon, tres veces naufragué. He hecho muchos viajes, peligré en la corriente de los rios, peligros sufrí de caer en manos de ladrones, peligros de parte

de los Gentiles y de los de mi nacion, peligros en las ciudades, en los desiertos y entre los falsos hermanos; he sufrido todo género de trabajos y de fatigas, he sufrido vigili-
as, hambre, sed, penas, frio y desnudez. » Este hombre, desconocido de los grandes, despreciado de la muchedumbre, arrojado como la basura, no tuvo al principio de su obra mas compañero que Crispo y Cayo con la familia de Stéfanas: tales fueron los arquitectos de un templo indestructible y los primeros fieles de Corinto. El viajero recorre el recinto de esta célebre ciudad, y ni una sola ruina encuentra de los altares del paganismo; pero aun halla iglesias cristianas entre las cabañas de los Griegos. Desde el cielo puede aun el Apóstol dar la paz á sus convertidos, y decirles: « Pablo á la Iglesia de Dios, que está en Corinto. » El interior del pueblo es sumamente triste, y los últimos rayos del sol que le iluminaban cuando lo visité, imprimian sobre las ruinas que conserva, cual vestigio de su esplendor pasado, una imponente fisonomía.

Al nombre de Lepanto están ligados recuerdos bien gloriosos para las naciones europeas que, amonestadas por un monje cuya cabeza coronaba la tiara del pontificado, abatieron sobre sus aguas el poder otomano, y salvaron la Europa toda de la devastacion con que la amenazaban los sucesores de Mahometo. Esta victoria, eternamente gloriosa, reportada por príncipes unidos por sentimientos é intereses idénticos, señaló término á las conquistas de la Creciente, y dató su descenso gradual. Si la desunion y la falta de cordura de los príncipes griegos les habia abierto las puertas de la Europa, y permitídoles avanzar casi hasta las costas de Italia, la íntima liga de las potencias de Occidente les detuvo; y obligándoles á volver atras, les demostró no ser invencibles como creían.

En Patras, las mujeres de los clérigos cismáticos que asistían á la iglesia, vestidas con los capotillos negros de sus maridos, llevando cubierta la cabeza con bonete tambien

clerical, y oyendo la misa que celebraban aquellos, me ofrecieron un conjunto repugnante. Las funciones augustas que desempeña el sacerdote en el altar, parecen ajadas cuando se las ve bajo el influjo de estas mezclas que abaten la dignidad del hombre, separado de los demas para ofrecer por ellos á Dios el sacrificio del Cordero immaculado. Digan cuanto piensen los que abogan por la conveniencia del matrimonio de los eclesiásticos, sus teorías tendrán cuanta fuerza quieran; pero mayor que esta sin comparacion es la que ofrecen los inconvenientes que de él resultan. El clero ruso, sometido á la influencia de sus mujeres, y el griego, degradado en parte por las escenas que representan las santipes, pueden mas que todo sobre la conciencia que juzga imparcialmente de las cosas. Cuando en los templos de la Grecia veía yo á estas mujeres vestidas con hábitos clericales, cuando las veía intervenir tambien en las funciones del culto, ocupar en el templo asientos de honor, y querer tener como una especie de superioridad sobre los individuos encargados al cuidado espiritual de sus maridos, presenciaba muy al vivo algunos de los gravísimos inconvenientes que abogan contra el matrimonio de los clérigos.

En Cefalonia busqué la hermosa estatua que los liberales levantaron á Pio IX luego que dió la ley de amnistía é instituyó el consejo de gobierno. Pero mi diligencia era inútil, pues los mismos que la habian levantado corrieron á derribarla, cuando estuvieron persuadidos que el ilustre Pontífice era liberal sin ser revolucionario, y que su indulgencia hacia de su religion, sin abrigar simpatías de ninguna especie por los injustos perturbadores de la tranquilidad pública, que pagaban con balazos sus actos de generosidad. El Papa habia perdido su mérito en concepto de los liberales de Cefalonia, no poniéndose al lado de los revolucionarios, y no entregando la ciudad eterna á Mazzini y Garibaldi, y con ella la suerte de la Italia toda. Estatuas levantadas por hombres que piensan de un modo tan irregular, nada contri-

buyen para glorificar los individuos á quienes se dedican. La catedral católica de Corfú, la hermosura y solemnidad de sus oficios, la dignidad y compostura de sus sacerdotes puesta al frente del clero disidente, hace resaltar mejor los defectos de que adolece este. En todas las islas Jónicas los cultos tienen del gobierno la misma protección, de tal modo que cualquier atentado cometido contra uno, será castigado como si fuese cometido contra la religión del Estado. Pero no es á los Griegos á quien se debe esta ley basada sobre la justicia que la reclama, allí donde desde muchos siglos atrás existen ciudadanos que pertenecen á distintas creencias; no por cierto: es al gobierno británico, que con ella quiso poner término á eternas querellas que nacían cada día entre los miembros de las diversas comuniones. Ni el senado ni su presidente, que tanto alarde de principios republicanos liberales han hecho en distintas épocas, dieron la menor muestra de tolerancia cuando suprimían las comunidades católicas, mientras conservaban intactas las de los monjes disidentes. Contradicción repugnante á la justicia, única base sobre la que puede descansar el sistema republicano. En obsequio de esa misma justicia debe decirse que mientras los Griegos republicanos secundaban en todas partes el fanatismo de sus popes, que castigan á los individuos de su comunión que abjuran el cisma fociano, las autoridades británicas, que protegen los verdaderos intereses de las islas Jónicas, dejaban en plena libertad á los soldados de la guarnición para oír las conferencias religiosas de un presbítero español, y ningún estorbo ponían á la libre voluntad con que un número crecido de aquellos abjuró públicamente el protestantismo inglés, y entró en el gremio de la unidad católica (1). Los que ponen trabas al libre albedrío del hombre que obra en conformidad con la justicia no son republicanos, ni la eterna palabrería con que á cada momento desarrollan sis-

(1) 1853.

temas liberales de gobierno, que ganan el corazón de los incautos, importa más que un disfraz con que cubren su egoísmo miserable para evitar el castigo que merece. Los que en Cefalonia reducían á polvo la estatua de Pío IX que acababan de levantar, y los que en Corfú, Zante y Patras se ocupaban en maquinaciones que tendían á derrocar la autoridad del lord comisionado de la Gran Bretaña, no alcanzaron quizá á percibir esta verdad; pero los hechos de sus directores con libertad y con poder para obrar alguna vez lo han dejado ver bastante claro.

La iglesia de S. Spiridion me ofreció ese espectáculo que el viajero encuentra en todos los templos de la comunión griega, á saber, comercio con objetos de piedad. El cuerpo de S. Spiridion, vestido con ricos atavíos de plata y oro, se ve de pie; y la caja que lo contiene, descubierta por uno de sus frentes, permite divisarlo perfectamente. Un pope sentado cerca del altar exige una contribución á todo individuo que se acerca para visitarlo: nosotros católicos, y que no podíamos doblar nuestra rodilla delante de ningún cadáver expuesto por los Griegos á la veneración pública (1), permanecíamos de pie mirando aquellos ricos adornos; pero sin embargo el pope se nos acercó para cobrarnos la contribución, que nos dijo adeudar por haber visto á S. Spiridion. Los devotos llegaban de rodillas hasta el altar; y allí, después de santiguarse con agua bendita, santiguaban también del mismo modo la vidriera rezando sus interminables *Kyries*.

Las calles de Syra, edificadas sobre la cima de un cerro para servir de capital á la antigua Scyros, descendiendo por entre rocas escarpadas, vienen á unirse con la nueva pobla-

(1) Está prohibido por diversos decretos de la Congregación de Ritos, atendiendo en unos casos la ninguna seguridad que ofrecen tales cuerpos de haber pertenecido al santo que se supone, y en otros no estar canonizados con la ritualidad ni por la autoridad establecida por la Iglesia.

cion que se levanta sobre el sitio ocupado en otro tiempo por Hermópolis. Cuatro mil católicos habitan la parte antigua, mientras que la población moderna se compone en su mayor parte de disidentes. La catedral de los primeros se eleva precisamente en la cumbre mas alta, y sus soberbios campanarios, percibidos desde muy lejos, realizan la bella alegoría del Evangelio, que en la ciudad construida sobre el monte representó la sublime perfección de la virtud cristiana. Penetrando el recinto sagrado de este templo, no ví por cierto altares ni estatuas dedicados á Aquiles, que el culto pagano suponía educado en Syra, ni recuerdo alguno de Apolo y de las ninfas que fijaron en ella su morada. Á un héroe de otra especie se referían los honores de aquel templo, á un héroe cuyo sepulcro veneré en el Nuevo Mundo, cuyo nombre es para este uno de sus timbres mas ilustres, á un héroe, en fin, que sin embargo de pertenecer al sexo débil, su gloria se extiende por dos mundos, sus virtudes se refieren en todos los idiomas, y á su culto se erigen templos en todos los países de la tierra. En la patria de los Incas contemplé bellas estatuas consagradas á la oscura virgen Rosa, en el centro de la Europa oí cantar himnos en alabanza suya, y ahora en el suelo de las musas y de las ninfas visitaba una catedral dedicada á su memoria. Algunos siglos atras las Griegas tejían allí coronas de flores para ofrecer á las hijas de los dioses, en la fuente que les estaba consagrada; hoy esas flores y esas coronas vendrán á depositarse al pié de la humilde sierva de Jesucristo, que pasó su vida rogando por los hombres y abrazada de la Cruz. Coronas para engalanar las cabezas de las ninfas, no volverán á tejerse jamas, mientras tanto en Asia, África, América y Europa no dejarán de repetirse alabanzas inmortales en honor de la heroína de la caridad Rosa de Lima.

El mar, como dormido en el seno de una calma profunda, me permitió ver uno de esos espectáculos grandiosos de la naturaleza que en las noches del estío son frecuentes en las

costas de Grecia. La luna llena despedía su luz, como torrente que mezclándose con las aguas de aquel mar tranquilo las pintaba de color plateado. En estos mismos lugares, en medio de las bellezas de un panorama semejante, la mitología del paganismo nos representa las escenas mas voluptuosas, y no obstante que repugnan á la moral, ¡ el hombre llamó dioses á los seres que desempeñaban en ellas el papel mas degradante !...

Délos, Tinos y Minon, célebres ántes, no ofrecen hoy mas que pueblos sin importancia, y Nájos, Sámos y Chio conservan apénas los recuerdos que les ha legado su historia de dos mil años. Yo tenía á la vista las Cíclades, pero sin divisar en ellas los paisajes sorprendentes con que dibujaron los poetas la patria de Homero, de Ariadna y de Teseo. Rocas desnudas sobre una tierra caliza y aldeas pobres habitadas por hombres mas miserables aun, hé aquí todo lo que he visto en el país que la mitología pinta como el mas rico y bello del universo.

¿ Pero qué hace el catolicismo en todos estos países, cuna primero de la superstición pagana y foco despues del fanatismo griego? No es difícil satisfacer esta pregunta, despues que su acción está de manifiesto, y los efectos que produce son palpables para todo el mundo. Un obispo que reside en Syra cuida de las misiones de la Grecia, y forma un clero indígena en un seminario que preside y fundó uno de sus antecesores. Casi todas las islas han recibido sacerdotes y misioneros; y en Aténas, aumentado prodigiosamente el número de los católicos, se construye un suntuoso templo para sustituir al pequeño y humilde que ha servido hasta hoy para las funciones de su culto. En el Pireo y en Misolongi he visto también á los presbíteros católicos ejerciendo su ministerio en bellas iglesias, y enseñando los primeros rudimentos del saber humano en la patria de los célebres filósofos y literatos de la Grecia. Si en Aténas, capital del reino, no puede ostentar todavía esos grandes establecimientos de

caridad que tanto le honran en todas partes, cúlpese á la oposicion sostenida de los popes que de palabra y con obras han mostrado su aversion á cuanto tenga origen en la Iglesia católica; cúlpese tambien á la debilidad del gobierno que, sin la energia bastante para poner coto al fanatismo de un clero ignorante y atrevido, prefiere que el pueblo carezca de establecimientos esenciales para su instruccion, para su educacion y para su salud ántes que excitar su enojo y con este su formidable oposicion; y cúlpese, en fin, al mismo pueblo que, aconsejado por sus sacerdotes, se abandonó á los actos mas reprobables de fanatismo, cuando vió abrirse en su seno instituciones que tenian por objeto sacarlo de la grosera ignorancia que lo devora, y derramar sobre él los bienes intelectuales y materiales que dispensa el cristianismo practicado con la ilustracion, paciencia y caridad de que carecen las iglesias cismáticas de Oriente. En la República jónica donde al catolicismo se ha dado la misma libertad que á cualquiera otra religion, no ha sucedido como en Grecia. Un metropolitano, que lo es tambien de todos los obispos del Archipiélago, ha establecido en Corfú institutos de caridad, que puestos frente á la inaccion para lo bueno que trabaja á los disidentes de la Grecia, explican muy bien al pueblo la diferencia esencial que existe entre una y otra comunión. Zante y Cefalonia, dirigidas tambien por obispos católicos, han recibido igual beneficio: los Jesuitas, los Hermanos de las escuelas cristianas y los Capuchinos abrieron sus escuelas y sus misiones, y el espíritu católico se muestra floreciente, á pesar de la constante lucha que está llamado á sostener con los disidentes de todas las comuniones, que le combaten sin cesar.

Pero aun ha hecho todavía mas. Á él y solo á él se deben las primeras noticias de los monumentos de la Grecia. El Sr de Chateaubriand, señalando este servicio inmenso del catolicismo á la literatura y á la civilizacion en general: « Ningun viajero, dice, habia salido aun de su casa para ver

al Parthenon, cuando ya los religiosos, como desterrados entre aquellas famosas ruinas, esperaban á los anticuarios y á los artistas para hospedarlos. Preguntaban los sabios por la ciudad de Cecrope... y existian en Francia quienes hubieran podido darles muy buenas y muy sábias noticias; pero no ostentaban su sabiduría, y postrados al pié de la Cruz, ocultaban en la humildad del claustro lo que habian aprendido, y sobre todo lo que habian sufrido durante veinte años en las ruinas de Atenas (1). »

Los Jesuitas fueron los primeros que penetraron en Grecia y dieron de ella noticias á la Europa, que parecia olvidarse totalmente de la patria de Solon y de Temístocles. Los Jesuitas se retiraron de Atenas, ocupada por los Turcos, para ir á buscar á los cristianos sobre las costas de Negroponto; pero entónces mismo entraban allí los Capuchinos, y principiaban á hacer adquisiciones preciosas para las ciencias y las artes. Estos hechos seran quizá ignorados por muchos: los que en el proceso que forman contra las órdenes religiosas no se hacen cargo de los servicios de toda especie que prestaron á la sociedad, los desconocerán completamente; pero esto nada menoscaba el nuevo mérito que aquellos se labraron iniciando y protegiendo estos descubrimientos, que tanto honran á las ciencias y á las artes. No debemos olvidar que era un religioso el que « hospedaba en Atenas á Chamller, mientras que otros socorrian á los viajeros en la China, en el Canadá y en los desiertos del África y de la Tartaria. »

Tambien los metodistas norte-americanos tienen sus misioneros en Atenas, y ya hemos indicado que uno de estos fué víctima de los arrebatos fanáticos de su plebe irritada. La obra mas importante que acometieron estos misioneros fué el establecimiento de un colegio para la educacion de jóvenes. Como una parte muy considerable de la juventud

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, tom. I.

griega entró en este liceo para recibir su educacion, y como sus directores enseñaban sin rebozo principios contrarios á la fe de la iglesia nacional, el clero elevó sus quejas al gobierno, quien ninguna cosa entónces resolvió. Nada satisfecho aquel de esta falta de celo con que se permitia semejante propaganda, inspiró aquellos ataques contra el establecimiento del Sr King. En este todos los alumnos contribuyen con una fuerte pension, de tal modo que los individuos que carecen de fortuna no tienen tampoco medios para recibir en él ningun género de enseñanza. Esta es la única obra del protestantismo en la Grecia: no he visto á alguno de sus misioneros alejarse de las grandes poblaciones para marchar á pié buscando los cristianos descarriados, ni ménos atravesando descalzos provincias enteras, á trueque de ganar para Dios las almas de los prójimos. Estas misiones se reducen á derramar entre los jóvenes la semilla de la insubordinacion que entraña el protestantismo de Norte-América, á inspirar el orgullo que acompaña á las ideas de la superioridad del propio juicio, y á la vez á reunir las ganancias que deja un número crecido de discípulos, que pagan á peso de oro las lecciones que reciben. Sus efectos por lo mismo no son maravillosos; y si tanto asustaron á los popes de Aténas, fué porque á estos eran enteramente desconocidas las empresas de tales misioneros. La juventud griega sin instruccion alguna religiosa pierde su fe, es verdad; y á los popes se les arrebató todo el prestigio de que gozan entre sus creyentes. Mas esto tarde ó temprano debia suceder. « Un error es vencido muchas veces por otro error, hasta que la verdad, triunfando, entra á ocupar el lugar que le pertenece, » decia el gran Bossuet.

CAPÍTULO VII.

El mar Negro. — Ojeada sobre el estado de la Iglesia armenia. — Competencias entre el patriarca de Etchmiatzine y el zar. — Extension del cisma. — Supersticiones paganas. — ¿Existe unidad entre los Griegos y los Armenios disidentes? — Vestigios de las misiones occidentales en Armenia. — Melquitar y su apostolado. — Los melquitaristas y sus trabajos. — Misiones católicas de Armenia y sus rasgos heróicos. — Divisiones lamentables. — La voz de la Iglesia. — El patriarca armenio católico. — Scútari. — Un monumento. — Observacion. — Las ruínas de Calcedonia.

Las vastas regiones del Asia que bañan las aguas del mar Negro, llenas de recuerdos de los primeros siglos del linaje humano, lo están tambien de los que dejaron estampados el celo y la paciencia de los apóstoles del cristianismo en seis siglos de predicacion y de martirio. Los bellos campos regados por las corrientes de diversos rios donde algunos creyeron ver el Eden, cuna del primer hombre; y las verdes montañas donde la mano de Dios hizo descansar el Arca de la Alianza, despues de atravesar todas las regiones de la tierra sobre las aguas del diluvio universal, no son mas hermosas que los rasgos de celo y de paciencia con que el inmortal Gregorio Illuminator ennobleció los valles de Artajax y la cumbre del Ararat, ni mas memorables que los documentos imperecederos de profunda sabiduría que en tantos libros legaron á los pueblos de Oriente Narces, Isaac, Jacobo y los demas Padres de la Iglesia armenia. Nosotros mismos no podemos hoy recordar aquellos hechos, ni leer estas obras sino conmovidos, ya por la grandeza de alma